

STRUAN MURRAY

ELLIE LANCASTER

y el misterio del Enemigo



La Ciudad: nuestro último refugio en un mundo inundado. Aquí, los señores de las ballenas nos gobiernan y la Inquisición nos controla.

El Enemigo: un oscuro poder. Siempre en busca de un cuerpo que poseer para regresar y destruirnos.

La Inventora: una joven que vive en un destartalado taller, rodeada de extraños objetos, en cuyas manos está el poder de salvarnos.

Cuando la marea trae a un misterioso chico, todos creen que es la reencarnación del Enemigo... Solo Ellie, la inventora, defiende la inocencia del extraño desconocido. Juntos, huirán de la Inquisición mientras intentan averiguar quién es él y lo esto puede significar para Ellie, aunque eso implique arriesgar su propia vida.

Índice de contenido

1. La última canción

2. En el vientre de la ballena

Del diario de Claude Hestermeyer

3. El chico del chaleco de terciopelo verde

4. Los señores de las ballenas

Del diario de Claude Hestermeyer

5. El taller de Ellie

6. Alegría en una ejecución

Del diario de Claude Hestermeyer

7. Camina libremente entre nosotros

Del diario de Claude Hestermeyer

8. La catedral de Santa Celestina

Del diario de Claude Hestermeyer

9. Experimentos con agua de mar

Del diario de Claude Hestermeyer

10. El orfanato

11. La amenaza

Del diario de Claude Hestermeyer

12. La Ostrería

13. La Torre de la Serpiente

Del diario de Claude Hestermeyer

14. Antes de la Gran Inundación del mundo

15. Una visita de Hargrath

16. El Receptáculo

Del diario de Claude Hestermeyer

17. Su nombre

18. La perla

19. Los otros cuarenta y cinco

Extracto de «Mitos y leyendas olvidados», un manuscrito inacabado de Claude Hestermeyer y Peter Lambeth

20. El chico que se perdió en el mar

21. El tiburón en el teatro

Del diario de Claude Hestermeyer

22. Fragmentos desaparecidos

23. Finn

Del diario de Claude Hestermeyer

24. La historia de Anna

25. El verdadero santo

26. El Enemigo

27. El niño de la barca de remos

Epílogo. Huérfanos de la marea

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Ruaraidh, Robbie y Nona

1

La última canción

La Ciudad estaba construida sobre una montaña escarpada que sobresalía de forma inesperada del mar, y el mar no parecía dispuesto a rendirse en su afán por recuperarla. Cuando subía la marea, las calles inferiores de la Ciudad quedaban engullidas por las aguas. Cuando la marea bajaba, volvía a escupirlas, aunque dejando su huella: mejillones aferrados a los alféizares de las ventanas, peces sacudiéndose sobre los adoquines. Y aquella mañana gris, cuando se retiró la marea, apareció una ballena en el tejado de una casa.

La muchedumbre que se congregó rápidamente en el rompeolas quedó boquiabierta al verla.

—¡Es un presagio nefasto! —proclamó el viejo sacerdote, soltando una nube de vaho al hablar.

—Esto no es obra del Enemigo —dijo resoplando un marinero—. Se habrá quedado encallada durante la marea alta.

—Está muerta —aseguró un comerciante—. ¿Pensáis que podríamos venderla como carne?

La ballena estaba tumbada sobre su panza y ocupaba la totalidad del tejado, de un extremo al otro. Se había quedado varada en la Capilla de San Bartolomé, cuyo tejado asomaba por encima de las olas en marea baja. Sus cuatro esquinas estaban rematadas mediante gárgolas de piedra, y dos de ellas atravesaban la piel de la ballena. Las gaviotas hambrientas sobrevolaban por encima de ella, emitiendo estridentes chillidos.

La multitud estaba tan ensimismada que nadie se dio cuenta de la llegada de la chica. Tenía los ojos cansados y el pelo rubio, aunque sucio y enmarañado después de una noche de sueño desigual. Se asomó por encima del muro del rompeolas y se mordió el labio, pensativa.

–Es demasiado grande para estar fuera del agua –dijo, hablando más para sus adentros que para los demás–. Se le aplastarán los pulmones ahí tumbada.

Horrorizado, el niño menudo y con ojos grandes que estaba a su lado levantó la cabeza para mirarla. Se acurrucó contra su madre y observó con precaución a la chica. Estaba muy blanca, tenía tres arañazos rojos en la mejilla y olía como a petardos. Y lo que es peor, iba vestida como un hombre, y poco respetable además. Llevaba al cuello un pañuelo deshilachado de color granate y se cubría con un abrigo largo con capucha confeccionado con retales de paño raído y pedazos de piel de foca gris.

–¿Qui-quié eres? –pregunto el niño atemorizado y con voz temblorosa.

–Me llamo Ellie –respondió distraída la chica mientras hurgaba en el interior de los bolsillos del abrigo. Sacó de ellos una lupa, una cebolla y, finalmente, un cortaplumas con la hoja afiladísima.

El niño se agarró a la mano de su madre.

–Si no abrimos pronto la ballena –dijo, mostrando la navaja–, acabará explotando.

El niño rompió a llorar.

–¡Ojo con lo que dices, chica! –la reprendió la madre.

–¡Lo digo en serio, la ballena estallará! –insistió Ellie, levantando los brazos–. Las ballenas muertas se pudren rápidamente. La acumulación de gas en su interior puede resultar peligrosa.

La madre volvió la cabeza y se tapó la boca con el dorso de la mano.

–¡Lo sé a ciencia cierta! –dijo Ellie–. Las tripas saldrán volando por todas partes. ¡Y el olor será insoportable!

Aunque... –añadió, mirando el cortaplumas–. Pensándolo bien...

Ellie se volvió hacia la chica que estaba a su lado. Parecía de su misma edad, doce o trece años, con una maraña de cabello pelirrojo rizado. Llevaba un jersey de lana de color azul que le quedaba enorme, voluminosas botas negras y tenía cara de aburrimiento.

–Anna, necesito que vuelvas rápidamente al taller y me traigas el desollador –pidió Ellie.

–¿Qué es el desollador? –preguntó Anna, bostezando.

–Un palo largo con un cuchillo afilado insertado en el extremo –respondió la otra chica–. Está en la buhardilla, al lado de las estanterías, colgado justo debajo del telescopio y el rifle.

–¿Tienes un rifle? –preguntó Anna, acercándose a su compañera e interesada de repente–. ¿Y balas?

–¡Tú corre y no preguntes más! ¿Entendido? –dijo Ellie, y Anna la miró con conformismo y echó a andar, encorvada, calle arriba.

Ellie saltó por encima del muro del rompeolas al otro lado. La muchedumbre contuvo un grito al verla aterrizar en el tejado de la capilla, tres metros más abajo.

–Pero ¿qué hace? –dijo una mujer.

Ellie extendió los brazos hacia los lados para recuperar el equilibrio y recorrió el tejado como una funambulista. La ballena tenía los ojos cerrados y los párpados arrugados como los de un anciano. Se arrodilló a su lado y tocó con delicadeza el costado del animal. Tenía la piel dura, cubierta de conchas blancas de moluscos y marcas zigzagueantes de tejido cicatrizado.

–¿Qué pasa aquí? –preguntó una voz desde arriba.

Ellie levantó la vista y vio que el que acababa de hablar era un joven miembro de la guardia de la Ciudad que había conseguido abrirse paso entre el gentío, un chico desgarbado y de orejas grandes, con gorra negra y gabán azul marino.

–Hay una ballena en el tejado –le explicó una mujer.

–La chica ha saltado para verla de cerca –añadió otra.

–¿Qué? –dijo el guardia. Miró hacia abajo y vio entonces a Ellie en el tejado–. Pero... pero ¿qué hace? –Se llevó las manos a la cabeza–. ¡Vaya con cuidado, señorita! ¡La ballena la devorará!

–Las ballenas no comen personas –respondió Ellie con un suspiro.

Pero no la oyó nadie, porque todo el mundo estaba hablando a la vez.

De pronto, Ellie notó que el descomunal cuerpo se movía bajo su mano y que el animal respiraba con dificultad.

¡Estaba viva!

Ellie miró a su alrededor, preguntándose si habría alguna manera de devolver la ballena al agua. Cabía la posibilidad de que un barco tirara de ella en cuanto volviera a subir la marea, pero para eso faltaban aún muchas horas.

–Lo siento –le susurró–. Ojalá pudiera ayudarte.

Y mientras hablaba, le pareció escuchar un sonido débil procedente del interior del animal. Aunque con el clamor de la multitud era imposible estar segura del todo.

–¡Apártate de la ballena! –gritó el guardia, que parecía muerto de miedo e incapaz de bajar al tejado.

–¡Creo que tendrían que arrastrarla y sacarla de aquí!

–¡Que alguien llame a la Inquisición!

–¡Silencio, por favor, estoy intentando escuchar! –dijo Ellie.

–El sacerdote dijo una vez que las ballenas podían soltar fuego por la boca.

–¡Por favor! –gritó Ellie, pero nadie le prestó atención.

Sacó entonces del bolsillo un objeto del tamaño de una canica, envuelto en papel amarillento. Con un giro de muñeca lo lanzó hacia el rompeolas. Sonó un chasquido, se vio un destello de luz, y las gaviotas huyeron volando con un frenesí de gritos histéricos. La muchedumbre se

apartó y la gente se protegió los ojos con la mano, sumida de repente en el silencio.

Ellie levantó el brazo.

–Escuchad –dijo.

Y la escucharon.

Y con el silencio, pudieron oír también un sonido que llegaba hasta ellos.

La ballena.

La ballena estaba cantando.

Una melodía triste y ondulante que reverberaba desde las profundidades de la criatura. Ellie conocía el canto de las ballenas, pero no lo había oído nunca fuera del agua. Siempre había pensado que formaba parte de su ritual de apareamiento, pero aquel espécimen moribundo también estaba cantando, y a saber para quién.

Todo el mundo se quedó escuchando con temor reverencial durante infinidad de minutos.

Hasta que la ballena abrió un ojo.

–Es increíble –musitó Ellie.

El ojo tenía el azul oscuro de un mar gélido. Y la miraba fijamente –Ellie podía jurarlo–; en ese momento, para ella no había más que aquella mirada y la canción. Y durante unos instantes maravillosos, todo el dolor que se apiñaba en su interior se esfumó.

La canción fue bajando de volumen, como si estuviera alejándose en el horizonte. El ojo se cerró. La cola dejó de moverse.

Y todo se quedó en silencio, incluso el mar.

–¡Ya lo tengo! –gritó triunfante Anna, abriéndose paso hasta el rompeolas y levantando el desollador por encima de la cabeza. La gente se iba volviendo para mirarla–. ¿Qué pasa?

–¿Qué piensas hacer? –preguntó el guardia.

Ellie señaló el vientre de la ballena.

–Voy a abrirla, por la parte inferior. Así impediremos que se acumule gas dentro.

Ellie apoyó la herramienta en una de las muchas marcas que recorrían el vientre blanco de la ballena y presionó. La piel era dura y gruesa y pronto empezó a sudar por el esfuerzo. Finalmente, la hoja consiguió perforar la piel, y cuando se hundió en los órganos blandos del interior, Ellie casi pierde el equilibrio. El olor fétido que salió de la herida era impresionante, y la chica contuvo la respiración. Siguió moviendo el desollador adelante y atrás para cortar el costado de la criatura. La carne se abrió y emergieron las tripas moradas.

—¡Oooh, mira cuánta sangre! —exclamó Anna—. ¿Me dejas cortar un poco a mí?

—Apesta muchísimo —dijo Ellie—. Pero si te apetece... Lo único que te pido es que tengas...

Se interrumpió.

—¿Qué pasa, Anna? —preguntó.

Anna tenía las facciones paralizadas y la mirada fija de pura incredulidad.

—Santo cielo —dijo el guardia, llevándose la mano a la boca.

Hubo murmullos de confusión entre el gentío. Una anciana gritó. Y, sin saber el motivo, Ellie se dio cuenta de que no podía moverse.

Se quedó rígida. El desollador se le cayó de la mano. Bajó la vista.

Algo la había agarrado por el tobillo.

Algo huesudo y tembloroso, embadurnado de sangre.

Una mano que emergía del corte de la ballena.

2

En el vientre de la ballena

El anciano sacerdote elevó los brazos al cielo.

–¡Ha vuelto! –gritó, dejando el rompeolas para echar a correr hacia las calles–. ¡El Enemigo ha vuelto!

–Ay, no, ay, no, ay, no –empezó a repetir una mujer, cerrando las manos sobre la medalla de santa Celestina que llevaba colgada al cuello.

Entretanto, un chico cayó desmayado sobre los adoquines.

–Po-por favor, que-que todo el mundo mantenga la cal-calma –tartamudeó el guardia–. ¡No es necesario que cunda el pánico!

Ellie no podía despegar los ojos de la mano.

La tenía agarrada por el tobillo y la sensación en su piel era gélida. Tiró con fuerza para liberar la pierna y se golpeó contra la pizarra del tejado, manchándose de sangre el calcetín. Ellie tragó saliva y se agachó para examinar la mano y el brazo al que esta estaba conectada. La mano palpaba a ciegas el tejado, como si estuviera buscando algo más a lo que poder sujetarse. El brazo era delgado y fibroso y desaparecía en el interior de la ballena, entre órganos morados y voluminosos.

–¡Hola!

Cuando Ellie se volvió, vio que Anna estaba encaramándose al rompeolas.

–¡Detente! –gritó el guardia, abriéndose paso entre la muchedumbre en dirección a la chica–. ¡Vuelve aquí!

Se abalanzó sobre ella y logró agarrarla por el jersey.

Ellie, entretanto, tocó la mano con la punta de un dedo. Esta se apartó como un animal asustadizo. Ellie inspiró hondo para armarse de valor y la cogió. Era pegajosa y áspera. Se incorporó, clavó los talones en el tejado y tiró.

La mano dejó de oponer resistencia y los dedos se entrelazaron con los de Ellie. No quería tirar con excesiva fuerza por si acaso la persona a la que pertenecía estaba atascada. Pero el resto del brazo salió con facilidad.

Emergió a continuación un hombro, huesudo y cubierto de sangre.

Después una maraña de pelo oscuro. Una cabeza. Una cara.

Un chico, que inspiró en cuanto pudo una bocanada de aire fresco.

La muchedumbre gritó. Anna consiguió soltarse del guardia, saltó de nuevo el rompeolas y corrió hacia donde estaba Ellie. Miró boquiabierta al chico.

—Pero ¿esto qué es?

El chico rodó por el tejado, envuelto en entrañas de ballena. Estaba completamente desnudo.

—¿Te estás muriendo? —preguntó Ellie, zarandeándolo por los hombros.

Él tenía los ojos cerrados y parecía incapaz de poder respirar. Mantenía la boca abierta como si quisiera tomar aire, pero era como si nunca lo hubiera hecho.

—Me parece que se está muriendo —intervino Anna.

—¡Mírame! —le ordenó Ellie al chico—. ¡Abre los ojos!

Pero este seguía agitándose entre tripas de ballena. Ellie lo sujetó por los hombros para intentar inmovilizarlo. Tenía la piel pegajosa y olía a limaduras de hierro.

—¡Sujétalo tú por las piernas! —le gritó a Anna, que se dejó caer con todo su peso sobre los pies del desconocido.

Ellie se sentó sobre el pecho del chico, que, a tientas, le clavó las uñas a través del abrigo. Con una mueca de dolor, Ellie hizo una pinza con el pulgar y el índice para

abrirle los párpados. Los ojos miraban fijo hacia arriba, enajenados como los de un tiburón sediento de sangre.

–Mírame –dijo Ellie.

El chico gruñó.

–¡Mírame!

Los ojos del joven se movieron y dieron con ella. Ellie contuvo un grito.

Azul grisáceo.

Del color de un mar gélido.

Ellie parpadeó e intentó concentrarse.

–Escúchame bien –dijo, con toda la calma que le fue posible–. Necesito que hagas lo mismo que yo.

Inhaló lentamente a través de la nariz, exagerando el sonido y llevándose una mano al pecho para demostrarle cómo se hinchaba con la respiración. Luego exhaló por la boca y vio que el chico intentaba imitarla. Las aletas de su nariz, sin embargo, respondieron con incertidumbre. La estrategia no funcionaba.

–Mantenlo inmovilizado –le dijo a Anna.

Ellie se arrodilló al lado del chico y le apretó la nariz con fuerza, incluso cuando empezó a sacudir la cabeza con violencia de un lado a otro para librarse de ella. Pegó a continuación sus labios a los de él y sopló aire en su boca.

Se oyó el grito de una mujer en el rompeolas.

–¡Pero ¿qué haces?! –gritó el guardia.

Había conseguido bajar por fin al tejado, pero la horripilante escena lo había dejado paralizado. Ellie se separó del chico para coger aire y volvió a acercarse a su boca. Él la miraba con los ojos como platos. Volvió a insuflarle aire una tercera vez, y una cuarta, y una quinta.

Y entonces, cuando se preparaba para practicarle el boca a boca por sexta vez, el chico abrió los labios y aspiró una bocanada de aire. Ellie se echó a reír, aliviada. Al principio, la respiración era entrecortada, pero pronto se aceleró y empezó a engullir oxígeno con ansia.

–Tranquilo –dijo Ellie, respirando despacio para recordarle cómo tenía que hacerlo–. Así. Y ahora, incorpórate y pon las manos sobre las caderas, así como lo hago yo. Te ayudará a que se abran mejor los pulmones.

El chico la miró fijamente, con una expresión mordaz y amenazadora. Pero poco a poco, dio la impresión de que empezaba a entenderla y se llevó las manos a las caderas. Ellie bajó la vista para comprobar que estuviera haciéndolo bien y se tapó rápidamente los ojos.

–¡Perdón! –dijo. Se había olvidado de que iba desnudo–. Eeeh... ¿Podría alguien traer una manta?

La multitud se echó atrás. El joven guardia seguía con la mirada clavada en la sangre y se estaba poniendo cada vez más blanco. Ellie suspiró y se quitó la bufanda.

–Toma –dijo–. Ponte esto en la... en la cintura.

El chico miró la bufanda y parpadeó, confuso.

–¡Ya lo hago yo! –dijo Anna, arrancándole a Ellie la prenda de las manos y corriendo hacia el chico.

–¡Ten cuidado, Anna!

La mirada del chico se iluminó por un instante y saltó sobre Anna, la agarró por los hombros y la apartó de un empujón. Esta cayó sobre Ellie, y el chico se tambaleó. Las piernas no le respondían correctamente.

–¡Apartaos de mí! –gritó con voz ronca, y se derrumbó sobre la ballena.

–¡Puedes hablar! –exclamó Ellie, mientras ayudaba a Anna a levantarse.

El joven cogió la bufanda. Y, después de unos momentos de duda, se la enrolló a la cintura y la ató a un lado.

–¿Cómo...? –empezó a preguntar Ellie, balbuceando–. ¿Qué hacías...? ¿Por qué estabas dentro de esa ballena?

Pero el chico no la escuchaba. Se había vuelto para mirar el orificio de la ballena, sin que le importara el hedor que desprendía. Se percató entonces de la presencia de la muchedumbre horrorizada que lo estaba observando.